

# Desde Noruega

## Esperanza Díaz

Médica.

Querido padre:

Ya ha llegado el frío al Norte de Europa. En estos días el mercurio del termómetro se aleja cada día un poco más del cero y al amanecer el rocío se convierte en hielo blanco que todo lo cubre.

Esta mañana, conduciendo a través de este escenario, escuchaba con cierto asombro una noticia: el número de parados con título de doctor en Noruega casi se ha duplicado en el último año. La cifra asciende ahora a 427 doctores parados en un país con cuatro millones y medio de habitantes.

¡Ridículo!, es lo primero que nos vendría a la cabeza en nuestro país ante una noticia semejante. Aquí no lo es, y no sólo porque el paro, que ronda el 5% de la población activa, sea menor que en España, sino porque es el cabo que, atado a otros, nos muestra el fondo de esta sociedad. Intentaré explicártelo.

En la misma noticia se podía escuchar que hay hoy en día 2.500 plazas para estudiantes universitarios (Universidad o escuelas universitarias) que están libres: nadie las ocupa porque nadie está interesado, ya que en Noruega se consigue casi automáticamente un préstamo del Estado mientras uno está estudiando. Este dinero habrá de devolverse, con mínimos intereses, cuando el estudiante se convierta en trabajador. Así que no es cuestión de falta de medios.

El problema, si es que lo es que un pueblo no esté interesado en formarse universitariamente, y yo así lo creo, es que la cultura aquí no es rentable. Seguramente sea la misma dirección que la sociedad está tomando en muchos otros países, incluida España, sólo que aquí se percibe con mayor claridad. Lo cierto es que en Escandinavia ha

llegado a la cima la ideología del mínimo esfuerzo-máximo rendimiento, fortalecida por el *big brother* (gran hermano).

Los sueldos de lo que tradicionalmente entendemos por «mano de obra» son altos, uno puede empezar a trabajar a los 18 años y, junto al compañero/a que también trabajará, ganar suficiente para conseguir poco a

---

¿Valoramos nosotros nuestros trabajos por la suerte de poder hacer lo que nos gusta y algo creativo más que por la mayor o menos suma al fin de mes...?

---

poco piso, coche, viajes al Mediterráneo... y todo lo que la tele nos propone. Mientras tanto, los estudiantes de «vocación» (y ésta sí es una ventaja impagable desde el punto de vista de los docentes) se preparan para un futuro que se torna cada día más incierto: la educación no conlleva necesariamente mayores sueldos y ahora, además, se dobla el paro entre los más estudiosos del país. ¿Quién va a ocupar las plazas universitarias restantes? Habría que estar loco o tener un amor al saber que no abunda entre los mortales.

Me pregunto si hay algo que podamos hacer para cambiar el curso de esta historia que se escribe día a día.

Cierto es que es un avance el hecho de que los obreros tengan puestos de trabajo y sueldos dignos. Igualmente positivo es que todo aquel que quiera estudiar pueda hacerlo independientemente de las posibilidades económicas de los progenitores. Tampoco pa-



rece desagradable desde la mirada de los profesores la idea de trabajar con alumnos con interés, ganas de aprender y de ser mejores en la materia que hayan elegido. Pero es justo éste el grupo que está en vías de extinción y por el que se me antoja que vale la pena apostar.

Quizá entonces deberíamos fomentar, ya desde la más tierna infancia, el gusto por el saber, no al modo repetitivo del papagayo, sino del descubrimiento y la pasión por la realidad que nos rodea. Intentar dirigir, encaminar las preguntas que todos los niños se hacen y no taponarlas o ponerles la bocina de la televisión o el fútbol. Que nos viesen más frecuentemente leyendo que viendo la telenovela, jugando con ellos a juegos constructivos que dándoles el nintendo. ¿Valoramos nosotros nuestros trabajos por la suerte de poder hacer lo que nos gusta y algo creativo más que por la mayor o menos suma al fin de mes...? Sólo así se me ocurre que podremos transmitir ese gusto por la educación, también la reglada, que es necesario para que las universidades no acaben como antiguos museos del saber tan fríos como las montañas que nos rodean.